
LIBRO

Joaquín Fermandois, *La revolución inconclusa: La izquierda chilena y el gobierno de la Unidad Popular* (Centro de Estudios Públicos, 2013, Santiago).

LA REVOLUCIÓN INCONCLUSA
LA IZQUIERDA CHILENA
Y EL GOBIERNO DE LA UNIDAD POPULAR

María Teresa Infante Caffi

Universidad de Chile

*L*a *revolución inconclusa* es la historia del gobierno que presidió Salvador Allende desde noviembre de 1970 y que concluyó el 11 de septiembre de 1973. La intervención de las fuerzas armadas y de orden, el bombardeo aéreo del palacio presidencial y el suicidio del Presidente en el salón Independencia de La Moneda marcaron el fin del proyecto que él debía impulsar. Fue también el fin de un tiempo cuyos rasgos esenciales busca explicar esta obra, que es fruto de un esfuerzo de ecuanimidad, honradez y solvencia intelectual. Para ello, Joaquín Fermandois se apoya en testimonios y documentos, algunos públicos y notables por su tono; y otros provenientes de archivos de más reciente consulta, como los de la ex República Democrática Alemana. Recoge también la versión de personas contemporáneas a los acontecimientos y utiliza la prensa que, como en ningún otro tema, constituye un medio especialmente apto para captar ese momento.

MARÍA TERESA INFANTE CAFFI. Académica de la Universidad de Chile. Miembro del Instituto de Derecho Internacional, de la International Law Association y de la Sociedad Chilena de Derecho Internacional. Directora Nacional de Fronteras y Límites del Estado, Ministerio de Relaciones Exteriores. Ha trabajado en el área de estudios internacionales y derecho internacional. Fue directora del Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile.

Estudios Públicos, 133 (verano 2014), 165-183.
ISSN 0716-1115 (impresa) ISSN 0718-3089 (en línea).

Joaquín Fernandois ya había escrito obras referidas a esos años, preferentemente desde el punto de vista de las relaciones exteriores. En *Mundo y fin de mundo. Chile en la política mundial 1900-2004*¹, que abarcó un periodo más amplio, y *Chile y el mundo 1970-1973, La política exterior del gobierno de la Unidad Popular y el sistema internacional*², abordó cómo se habían hecho presente en el país las tendencias mundiales de distintas épocas y de qué forma en la sociedad chilena se replicaban ideas y movimientos que a su vez interactuaban con aquellas. Así, Chile se asimilaba a las corrientes globales y las hacía suyas, especialmente a través de los partidos políticos, fenómeno que es evidente a comienzos de los años setenta, que son el objeto de este libro. Ejemplo de este fenómeno son el discurso antiimperialista de la Unidad Popular y la teorización sobre la independencia económica como sello internacional de la “vía chilena” (nacionalización, tesis de las ganancias excesivas como contrapeso a las indemnizaciones, nacionalización de la banca por medio de adquisiciones, entre otros).

Esta nueva obra de Fernandois se sitúa en una línea de reflexión histórica, donde sobresale como rasgo esencial la búsqueda del sentido de la “experiencia chilena”, tarea que muchos autores han emprendido desde perspectivas politológicas, sociológicas, históricas y económicas, aportando hipótesis sobre su evolución y fracaso³. Fernandois incorpora en algunos capítulos, como lo ha hecho en sus demás trabajos, conceptos y hechos que revelan un esfuerzo significativo por explicar el discurso político en el contexto del conflicto que subyacía en la experiencia de una “vía chilena”, al impulso de fuerzas contradictorias en lo político y económico. Sobre todo, se adentra en los paradigmas que actuaron y compitieron en la sociedad chilena en el periodo 1970-1973 y su vinculación con actores externos que también jugaban sus cartas en esta experiencia. Un dato que esta obra no magnifica, pero que es indicativa de lo anterior, es la ayuda financiera de la Unión Soviética y la RDA a partidos de la Unidad Popular, si bien la obra afirma que Chile no habría estado entre los favoritos de la URSS.

¹ Santiago, Ediciones Universidad Católica de Chile, 2005.

² Santiago, Ediciones Universidad Católica de Chile, 2ª ed., 1985.

³ Famosos son los libros de Arturo Valenzuela, *El quiebre de la democracia en Chile*, Santiago, Flacso, 2ª edición chilena, 1989, traducción de *The Breakdown of Democratic Regimes. Chile*, The John Hopkins University Press, 1978; y Paul Sigmond, *The Overthrow of Allende and the Politics of Chile, 1964-1976*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1977.

Esta obra alentará, por lo tanto, nuevas líneas de trabajo para desentrañar cómo funcionó el país bajo la intensa presión que empujaba hacia cambios profundos en lo económico, social y político, utilizando los medios previstos en la Constitución de 1925 (reformada en 1970), y que a su vez encontraba voces críticas en la izquierda de su propio campo. El nombre de Carlos Altamirano es mencionado varias veces, y su voz de líder tiene importancia para entender qué estaba en juego en el proceso⁴. *La revolución inconclusa* recibirá, por tanto, muchas miradas desde distintas veredas; ello ocurrirá con más serenidad una vez que pase la etapa retrospectiva de los cuarenta años del golpe de 11 de septiembre de 1973 que caracterizó el año 2013, insuficiente para reconstruir el espacio y el tiempo de los comienzos de los setenta, frágil como memoria, si bien rica en sentimientos.

Desde el momento en que Allende puso fin a su vida, se generaron efectos y ruidos en el resto del mundo donde el nuevo gobierno chileno tenía poco espacio; estos ruidos fueron amplificándose en todos los ámbitos⁵. Así, la figura heroica del Presidente se agigantó ante la intelectualidad mundial; las fuerzas internacionales de izquierda exaltaron esa imagen contrastándola con los hechos que comenzaron a

⁴ En *Dialéctica de una derrota*, México, Editorial Siglo XXI, 1977, destaca Altamirano: “Hay quienes han enfatizado acerca de la influencia decisiva que tuvo en la derrota del Gobierno Popular ‘la ausencia de una dirección única’, producto de la existencia de dos líneas estratégicas, que habrían operado simultánea y alternativamente, sin llegar ninguna de ellas a implementarse consecuentemente. Pensamos que esta apreciación es equívoca. Lo negativo no está —fundamentalmente— en la existencia de dos estrategias, sino en la aplicación obstinada de una de ellas, errónea. No es la carencia de una dirección única la que debe aislarse como factor sustantivo de la derrota, sino el quehacer de una dirección equivocada. Hasta el instante de su dramática extinción el proceso se aferra con extraña fidelidad al objetivo estratégico: la institucionalización de una vía política al socialismo. El sacrificio heroico de Allende en el Palacio de los Presidentes de Chile es el símbolo trágico de la lealtad guardada a una determinada concepción estratégica, conducida hasta sus últimas consecuencias. Es precisamente la pretensión estéril de asirse ciegamente a las instituciones liberales, cuando ya la burguesía había arrastrado la lucha de clases fuera de ella; la falta de previsión y capacidad para alterar las formas de lucha, cuando fue necesario, lo que define —en esencia— la derrota político-militar de la UP”. <http://www.blest.eu/biblio/altamirano/cap13.html>.

⁵ Una selección de ensayos en A. Joignant y P. Navia, compiladores. *Ecos mundiales del Golpe de Estado. Escritos sobre el 11 de septiembre de 1973*. Santiago, Ediciones Universidad Diego Portales, 2013, p. 379.

ocurrir en Chile y cuya proyección en el exterior era, por decir lo menos, sombría.

Es uno de los legados más fuertes de la Unidad Popular, cuyas políticas fueron examinadas con generosidad en el contexto de la época, y que tuvieron la virtud de forjar un fenómeno de expectación trascendente al espacio nacional. El mismo Presidente Salvador Allende en sus discursos ante el Congreso hacía referencia a esa imagen radiante en un ambiente internacional atento a los cambios en Chile, al mismo tiempo que se refería a realidades tangibles, las relaciones vecinales, el derecho del mar, la deuda externa, los problemas económicos, la relación con las compañías del cobre nacionalizadas, entre otros.

En esta obra, Ferandois pasa revista a los acontecimientos internos más conocidos que permitían apreciar, sin matices, el tono y la dureza del debate sobre las virtudes de la nueva experiencia revolucionaria que se abría camino por la vía democrática; estos hechos son más nítidos aún a partir de la etapa que media entre la elección del 4 de septiembre de 1970 y la fecha en que el Congreso Pleno vota por Salvador Allende el 24 de octubre del mismo año, inmediatamente después del asesinato al general René Schneider, comandante en jefe del Ejército.

La obra no expone el conflicto político e ideológico que se gesta en Chile desde una perspectiva partidaria, y entrega una versión de los acontecimientos que pone más peso en lo interno que en los factores internacionales como determinantes del proceso. Anticipa también el fenómeno de polarización que se manifestaba en el horizonte aun antes de la asunción de Allende al gobierno. El despliegue de la influencia de los Estados Unidos, especialmente bajo el gobierno del presidente Nixon, está siempre presente como un factor que se entiende jugó como un freno a la llegada de Allende al gobierno, y que desplegó recursos para apoyar a medios opositores. La obra no concluye, en todo caso, que haya sido ése el factor determinante de la ruptura institucional y del fin del proceso de la Unidad Popular. El paro gremial de octubre de 1972 se explicaría, por ejemplo, más por la propia movilización interna que por la tesis de la intervención extranjera. En una entrevista de 1996 al ex embajador Korry de Estados Unidos en Chile (hasta 1971), éste afirmaría ante Ferandois y Fontaine que la ayuda de su país tenía por objeto mantener un núcleo democrático en funcionamiento en Chile y que se había apoyado a que siguieran funcionando

medios de comunicación. Pero negó que hubiera habido una política de desestabilización⁶. Entre las preocupaciones de Estados Unidos estaba el pago por las expropiaciones de las empresas de cobre nacionalizadas y su valoración, materia sustantiva y que tuvo serias repercusiones ante tribunales y gobiernos extranjeros.

Los capítulos sobre la crisis que antecede a la toma de posesión del mando en 1970, el rol de la iglesia católica, la expectación mundial ante el triunfo de la Unidad Popular, entregan claves para comprender que la sociedad chilena vivía realmente sentimientos encontrados y que en ella se cultivaban de modo consciente gérmenes de un conflicto interno, fuese social, económico o simplemente político.

Esto marcó distancias entre los chilenos, según si estaban a favor o en contra de las propuestas de la UP, sus políticas y medidas. Cambios que unos consideraban como inexorables, ya que derivaban de leyes históricas cuyo funcionamiento había que liberar, y que otros estimaban eran conducentes a la ruptura y el declinar del país. El tiempo fue corto para saber si por la vía institucional se llegaría al cabo de seis años a consolidar la fórmula socialista. Un analista y militante como Régis Debray decía en esa época que no era casualidad que Chile fuera, después de Cuba, el primer país en América Latina en seguir un camino al socialismo. Pero realistamente anotaba que al mismo tiempo podía ser un país donde hubiera resistencia a la presión popular; e indicaba asimismo que tanto el proletariado como la burguesía habían alcanzado juntos un nivel de conciencia y de organización más alto que en otras partes⁷.

Las primeras cien páginas de la obra de Fermandois explican los rasgos que —según el autor— se acentuarían en el periodo de la revolución inconclusa, en cuanto a que en el fondo la democracia de esos años no era tan sólida como su reputación la magnificaba. Además coexistían en su seno vertientes de pensamiento y acción, movimientos y partidos políticos que deseaban ir más allá de la acción institucional y otros que tenían apego a ésta. Si ello se reflejaba en contradicciones en el pensamiento del Presidente, el libro no lo afirma abiertamente, pero deja elementos para reflexionar.

⁶ “El embajador Edward M. Korry en el CEP”, *Estudios Públicos* 72, 1998. Ver: http://www.cepchile.cl/1_1146/doc/el_embajador_edward_m_korry_en_el_cep.html#.UpvkGp2mnX4.

⁷ Régis Debray, *The Chilean Revolution. Conversations with Allende*. New York, Pantheon House, 1971, pp. 22-23.

La obra plantea dudas sobre si la participación de miembros de las fuerzas armadas en el gabinete a partir de 1972 hubiera podido entregar gobernabilidad al país cuando éste enfrentaba un amplio paro gremial; es también escéptica ante la tesis de soberanía geoeconómica del general Carlos Prats, comandante en jefe del Ejército. El general había subrayado el papel profesional de las fuerzas armadas y el no involucramiento en la política de partidos, pero al mismo tiempo opinaba acerca de las “dificultades que suscita la aplicación de reformas profundas en las estructuras económicas y sociales del país, dentro de los márgenes constitucionales y legales conformados por un sistema libre empresarial. Surge, así, una confrontación entre fuerzas renovadoras, progresistas y conservadoras”⁸. En 1972, según esta doctrina, la participación uniformada, equidistante de los polos políticos, debía otorgar soporte y estabilidad al gobierno constitucional. Alain Joxe, estudioso de las fuerzas armadas latinoamericanas, enuncia una tesis para entender el papel militar: sostuvo entonces que existía una paradoja entre el descontento y la preocupación por la política del gobierno (en las fuerzas armadas) y la satisfacción genuina por su acrecentado prestigio y estatus económico, “nunca concedidos por gobiernos anteriores”, además de que experimentaban —a juicio de Joxe— un definido proceso de integración a los sucesos económicos y sociales precipitados por el gobierno⁹.

El rumbo económico primero, y la lucha entre poderes del Estado después, son planteados en la obra como factores donde se aprecia la carencia de bases para una negociación o un diálogo entre gobierno y oposición. Si para algunos la política económica sería fuente de poder y un instrumento de presión sobre los actores “tradicionales” o que encarnaban sectores recalcitrantes de la burguesía dominante, para otros el rumbo económico implicaría una amenaza de disolución y pérdida de capacidad del país en el concierto internacional.

El Presidente Allende hacía frente a esta realidad en su tercer mensaje ante el Congreso en 1973, y avizoraba peligros: la parálisis del aparato del Estado y la gravedad de la situación económica. En materia política, resumía así sus ideas: “En este momento, más que en otros,

⁸ Carlos Prats González, *Memorias. Testimonio de un soldado*. Santiago, Pehuén, 1985, pp. 334-335. Respuesta entregada al Consejo de Difusión de la Universidad de Concepción.

⁹ Alain Joxe, “¿Está bloqueada la ‘vía chilena al socialismo’?” En Gabriel Palma (ed.), *La vía chilena al socialismo*. Santiago, Editorial Siglo XXI, 1973, pp. 249-251.

es imperioso mostrar claramente ante el país hacia dónde se dirige la acción transformadora del Gobierno Popular. Establecer un orden social que abra rutas al socialismo es la misión que se nos encomendó en 1970, y que fue ratificada después. En el actual punto de desarrollo del proceso revolucionario, estamos obligados a precisar, hasta donde los factores existentes lo permiten, algunas manifestaciones del contenido social, económico y político del período de transición por el que avanzamos.

Nuestro objetivo inmediato es organizar los elementos de la realidad presente sobre los cuales deberán apoyarse las etapas posteriores de construcción de una nueva sociedad, en la que los trabajadores asuman la plenitud del poder económico y político. Ello exige ordenar la actividad económica de modo tal que se puedan aprovechar las grandes potencialidades que han creado los cambios estructurales. La eliminación del latifundio, de los monopolios financieros y de gran parte de los industriales, ha franqueado el camino a una mayor racionalización de la economía nacional. Se trata, ahora, de tener la energía y la claridad necesarias para establecer la planificación que, encauzando la iniciativa y responsabilidad de los trabajadores, se imponga por sobre las fuerzas capitalistas¹⁰.

Sobre la base de fuentes de primera mano, Fernandois recoge opiniones del ex Presidente Eduardo Frei Montalva (1964-1970), quien llegara al Senado en 1973 encabezando la Confederación de la Democracia, CODE, con primera mayoría. En varios capítulos recuerda pasajes de sus intervenciones, públicas o privadas, donde sus aprensiones por el proceso que tenía lugar en Chile eran pesimistas. El pesimismo de Frei trasciende este periodo, y se prolonga en la búsqueda de bases para la reconstrucción, cuando la experiencia fracasara.

La obra presenta etapas de las decisiones políticas clave del principal partido de la oposición, la Democracia Cristiana, y cómo éste vive las conversaciones con el gobierno en 1973, tendientes a destrabar el bloqueo democrático y las cuestiones económicas fundamentales. Patricio Aylwin y antes Renán Fuentealba, con los buenos oficios del cardenal Silva Henríquez, invirtieron tiempo en acercar posiciones hacia una moderación de la escena política. El autor sigue el transcurso de las

¹⁰ Salvador Allende, “21 de mayo de 1973”. Véase http://www.archivo-chile.com/S_Allende_UP/doc_de_sallende/SAde0010.pdf.

negociaciones donde intervino Patricio Aylwin ese año, y sugiere que había poca seguridad en lograr un acuerdo entre el gobierno y la Democracia Cristiana. La política económica del gobierno impulsada por las directivas del ministro Pedro Vuskovic (PC) era un tema donde la opinión de los economistas de sensibilidad DC era claramente negativa¹¹.

Fernandois argumenta que el Presidente Allende fue víctima en estas conversaciones de su propia historia, que le impedía conceder en áreas que habrían significado desviarse del relato de la transición hacia el socialismo. Transición que —según postula la obra— no era una simple reforma, sino que un cambio de estructura de poder e institucional. La obra sostiene también que la izquierda revolucionaria era una fuente de legitimación y que ella estaba presente en el entorno de La Moneda.

La hipótesis de que esta situación involucraba algún componente moral se inferiría de las conversaciones, amparadas por el cardenal Silva Henríquez, entre la Democracia Cristiana (a través de su presidente Patricio Aylwin) y el Presidente Allende. Si su fracaso planteaba en el fondo un dilema moral que impedía una transacción, es una hipótesis que se deduce del libro. Fernandois sostiene que en la Unidad Popular y en los partidos y movimientos marxistas chilenos existía el convencimiento de que se marchaba hacia un estadio final, donde las diferencias eran solo las velocidades y los métodos. Podría considerarse entonces que ellos enfrentaban una cuestión moral, mientras que otros pensarían que era sólo una cuestión intelectual o política en cuya meta había una forma de resolver temas de poder. Carlos Altamirano sería entonces un referente entre los polos gradualista y rupturista de la propia coalición.

Fernandois se interroga sobre si hacia 1973 el desenlace era inevitable dado que las discusiones internas involucraban de forma directa y total a los tres poderes del Estado. ¿Podía una negociación política poner término a la divergencia y dar poder al Presidente para encauzar el debate, sin alienar las fuerzas proclives a agudizar las contradicciones internas? Si era poder lo que faltaba al gobierno, o no había consenso respecto de cómo manejarlo, es un tema que aún es objeto de discusión. Los científicos políticos Garretón y Moulian apuntan a que una “ceguera de la Unidad Popular para conocer la realidad y para

¹¹ Andrés Sanfuentes, “El papel de los mitos en la estrategia económico-social de la Unidad Popular”. En *Chile: El costo social de la dependencia ideológica*. Santiago, Editorial del Pacífico, S. A., 1973, pp. 69-124.

encauzar su acción por el único camino posible era la consecuencia de graves insuficiencias en la evaluación de la democracia, de una ciega creencia en las virtudes mágicas de la revolución y el socialismo. Esos vacíos llevaron a la izquierda de la época a desvalorizar la democracia formal...”¹². De darse así las cosas, el fin del ciclo no podía ser contenido hacia 1973.

La revolución inconclusa aborda este tema y sostiene que en noviembre de 1972 se introdujeron elementos para un cambio, pero no en el sentido que habría buscado el gobierno. En paralelo, se estaba derrumbando el “orden” imperfecto y el débil consenso que caracterizaba su accionar en esa época. Para algunos, ese orden no era sino una democracia asediada y para otros, el ambiente propicio para iniciar una experiencia socialista que llevara a un estadio definitivamente superador de la sociedad capitalista, inspirado en algunos modelos que existían en el mundo.

¿Era Chile un país excepcional hasta esa fecha, 1973? Joaquín Fermandois se adentra en este concepto y busca llevar al lector a concluir que no era tal cosa ¿Encarnaba el régimen político chileno una especie de modelo que podía resistir políticas de todo orden y continuar generando acuerdos democráticos y políticas sociales y económicas aceptables para el resto del mundo? Los balances que han hecho los políticos y desde la ciencia política, las relaciones internacionales y la economía han coincidido en que ese periodo se iba extinguiendo en Chile, si es que efectivamente había funcionado como tal. Desde la izquierda y la derecha se miraba hacia otras formas de autoridad y organización del poder. Cuál sería la capacidad para llevar a cabo estos cambios desde la izquierda, es la pregunta cuya respuesta quedó inconclusa.

En 2013, año de la conmemoración de cuarenta años del golpe de 1973, los medios de comunicación y la academia ofrecieron espacio a muchos actores que recordaron la vía chilena de comienzos de los setenta. El relato orientó en general una forma de leer los sucesos posteriores poniendo de relieve, en acciones de denuncia, la condena y la crítica internacional. El cuestionamiento del sistema desde el Estado mismo, así como las crisis económicas, más significativas que las

¹² Manuel Antonio Garretón y Tomás Moulian, *La Unidad Popular y el conflicto político en Chile*, 2ª ed. Santiago, Ediciones ChileAmérica CESOC y LOM Ediciones, 1993, p. 215.

ideologías inspiradoras de ese proceso, figuraron levemente en la presentación de los hechos fundamentales. Se conocieron testimonios de personas detenidas, torturadas, exiliadas, y se dio a esta fecha un significado profundo vinculado a la defensa de los derechos humanos. Hubo riqueza en apuntes personales, viñetas fuertes sobre episodios oscuros o trágicos posteriores al 11 de septiembre, y menos atención sobre la cuestión política y económica del periodo 70-73.

La obra trae serenidad al debate de 2013, el mismo que ha estado influenciado por nuevos actores que ven la imagen del Presidente Allende y la “experiencia chilena” en armonía con los patrones internacionales de su época. En 1973, Chile comenzó un largo periodo que Fernandois presenta como una contrarrevolución, liderada por un gobierno dictatorial que modeló un sistema económico opuesto al que se ofrecía construir hasta 1973, y desde el cual generó las normas para su propia evolución. Son herencia, sin embargo, del periodo de la Unidad Popular las definiciones sobre la naturaleza estratégica de la gran minería nacionalizada en 1971 y la propiedad del Estado sobre aquella.

¿Qué era Chile en esos años, qué creencias políticas, cuestiones económicas, alianzas intelectuales y vínculos internacionales recorrieron el Congreso, las elecciones presidenciales y parlamentarias, la economía y la formación de líderes y modelos con los cuales se deseaba controlar y cambiar la sociedad? El debate de 2013 no agregó mucho a una visión integral para conocer a quienes actuaron, qué coordenadas cruzaban la política chilena, y si antes de la Unidad Popular había habido una historia. Personalidades como Jorge Alessandri y sobre todo Eduardo Frei Montalva, líder este último de la principal corriente del partido político chileno y opositor tenaz a la Unidad Popular, estaban tan esfumadas, casi olvidadas, que para las nuevas generaciones podría decirse que son casi inexistentes.

La obra aporta elementos de reflexión sobre la historia previa a 1973 y las ideas y las fuerzas que antecedieron a la llegada de la Unidad Popular al gobierno; al mismo tiempo, explica las divisiones que trasluce el golpe del 11 de septiembre de 1973, las fracturas sociales y políticas y la reconstrucción democrática posterior, donde vuelven los actores de la primera época y la sociedad acepta restablecer vínculos y reglas comunes, o sea superar la crisis anterior.

Fernandois sitúa la historia de los sucesos en un horizonte donde cada señal o palabra marcaba una forma de definirse ante la situación.

Hacia el final del libro, recuerda la declaración de quien era el rector de la Universidad de Chile en esa fecha, al anunciar en septiembre de 1972, “(...) que si no hay posibilidad de consenso la única solución democrática a nuestra crisis es encontrar un procedimiento que permitirá al pueblo expresar su opinión y decidir por mayoría el destino futuro de la patria”. Esta frase, que pudiera parecer abierta hacia quienes detenían el gobierno, reflejaba la convicción —viniendo de quien era su autor, Edgardo Boeninger— de que el país enfrentaba como alternativas reales o la confrontación democrática o “el enfrentamiento no democrático, es decir la guerra civil y el fin de la democracia chilena”¹³.

En esos días y hasta el 11 de septiembre de 1973, poco espacio quedaba para escuchar admoniciones y consejos. Más acento se ponía en la discusión entre si debía prevalecer un Estado burgués o transformar sus instituciones administrativas, políticas y económicas por la vía prevista por la propia Constitución o por otros medios que presionaran sobre el sistema. La paradoja que expone el libro es la de un país visualizado como un baluarte del juego democrático, pero donde el cuestionamiento más profundo respecto del valor de la institucionalidad viene de los partidos de gobierno y de sectores emergentes de los mismos, el MIR y el MAPU Garretón.

El libro refresca la memoria de los lectores que vivieron en los setenta y que se identificaron con esa generación política chilena, cuyo discurso se basaba en radicar el “problema chileno” en la ruptura con las categorías burguesas e imperialistas y en avanzar —ojalá sin concesiones— hacia el socialismo. Es decir, un compromiso que fuera una respuesta categórica ante quienes buscaban la derrota del proyecto encabezado por el Presidente Allende, o capaz de prevenir la desgracia de la guerra civil y la ruptura del orden institucional, aunque los signos de los acontecimientos hacían imposible que no ocurrieran tales desdichas. Allende explicaba en 1971 al francés Régis Debray, simpatizante de la Unidad Popular, cómo emergería el “hombre nuevo” en la sociedad, superando a la ideología burguesa¹⁴.

La obra de Joaquín Fernando es, en cierto modo, un relato que, sin amilanarse por la envergadura del trabajo, va más allá de la observación subjetiva y busca conocer y transmitir sobre aconteci-

¹³ *La Prensa*, 8 de septiembre de 1973. Citado en J. Fernando, *La revolución inconclusa*, Santiago, CEP, 2013, p. 742, nota 20.

¹⁴ Régis Debray, *ibídem*, p. 115.

mientos relacionados con preguntas fundamentales: ¿qué es lo que movía a nuestra sociedad y quiénes eran sus actores?, ¿por qué Chile llegó a esa etapa cuando los indicadores mostraban que era un país que funcionaba y donde había una forma democrática de resolver sus conflictos?

El 11 de septiembre de 1973, en conocimiento de la intervención de las fuerzas armadas y de orden, Allende anunciaba en su inspirado discurso de despedida:

Colocado en un tránsito histórico, pagaré con mi vida la lealtad del pueblo. Y les digo que tengo la certeza de que la semilla que entregáramos a la conciencia digna de miles y miles de chilenos, no podrá ser segada definitivamente.

Tienen la fuerza, podrán avasallarnos, pero no se detienen los procesos sociales ni con el crimen ni con la fuerza. La historia es nuestra y la hacen los pueblos.

Trabajadores de mi patria: Quiero agradecerles la lealtad que siempre tuvieron, la confianza que depositaron en un hombre que sólo fue intérprete de grandes anhelos de justicia, que empeñó su palabra en que respetaría la Constitución y la ley y así lo hizo.

En este momento definitivo, el último en que yo pueda dirigirme a ustedes, quiero que aprovechen la lección. El capital foráneo, el imperialismo, unido a la reacción, creó el clima para que las fuerzas armadas rompieran su tradición, la que les enseñara Schneider y que reafirmara el comandante Araya, víctimas del mismo sector social que hoy estará en sus casas, esperando con mano ajena reconquistar el poder para seguir defendiendo sus granjerías y sus privilegios¹⁵.

Fernandois presenta a Chile como un teatro donde transcurre la vida política, no como un fenómeno espontáneo, sino que como voces predecibles. Todo el libro anticipa el desenlace, tal vez porque la conquista del poder en los términos en que se dio en esos años no era una simple competencia electoral entre grupos y tendencias liberales, cristianas y socialdemócratas.

La tesis del libro sería que Salvador Allende —elegido Presidente en 1970 y en el cargo desde el 3 de noviembre de ese año—, al cabo

¹⁵ Véase <http://www.lanacion.cl/lea-y-escuche-el-ultimo-discurso-de-allende/noticias/2013-09-10/184948.html>.

de tres años de gobierno, no controlaba las propias bases que le habían dado triunfos (relativos, pero significativos en cuanto a porcentaje de votos) para llegar al gobierno y tener una importante representación parlamentaria. A esta apreciación se sumaría otra, consistente en la existencia de dinámicas y acciones insurreccionales desde la oposición al gobierno, asignándole un rol de continuadora de un sistema de privilegios y de clase.

La idea de que el gobierno de la UP llevaba a una democracia popular, paralelamente a la conciencia de que el país estaba en crisis en 1973, habría explicado la toma de posición de parte de las fuerzas armadas; según Fermandois, algunos de ellos estaban conscientes de los riesgos de politización interna y de afectación de la posición internacional de Chile, dos elementos disociados, pero estrechamente vinculados en la práctica. A partir de ahí, se comprende que se usen términos como reconstrucción nacional, rescate de la patria u otros, con los que se buscaría atraer las fuerzas armadas hacia una posición política y opositora.

¿Qué fue entonces el 11 de septiembre de 1973?, ¿fue un evento que admitiese la clasificación de triunfo de un modelo sobre otro; y más aún, una manifestación del imperialismo como se lo conocía y combatía en esos años? La respuesta a esta interrogante ha tenido varias fases y ha experimentado cambios de énfasis según pasan los años. Por una parte, se presenta la imagen de militares golpistas, educados en un concepto de seguridad nacional sin aprecio por valores democráticos. Por otra, el reconocimiento de que la ruptura institucional era forzada desde dos vertientes contrapuestas, donde la burguesía se contraponía a las fuerzas populares o sociales, y las fuerzas armadas ya estaban ahí presentes.

¿Qué significaba ser constitucionalista? Así se había definido el general Schneider, asesinado en un intento de provocar la reacción de las fuerzas armadas en 1970 y evitar que el Congreso votara por Allende como Presidente. La preservación de la neutralidad de las instituciones armadas en el concierto en que les tocaba intervenir, incluso desde cargos de gobierno en 1972 y 1973, podía ser un tema dramático en el contexto de esos años. La obra da a entender que el general Carlos Prats, sucesor de Schneider, tuvo sensibilidad hacia el programa de la Unidad Popular y que compartía la idea de que en las circunstancias del momento las fuerzas armadas debían asumir compromisos constitucionales, particularmente cuando el diagnóstico podía ser el riesgo de una

guerra civil. El otro riesgo era la deliberación en el seno de las fuerzas armadas, aspecto que se advierte en ese contexto. En sus *Memorias*, el general Prats describe cómo elaboró con el ministro Millas (PC) un proyecto de ley sobre el destino de las empresas requisadas o intervenidas y la regularización de su paso a control del Estado, dentro de las cuales se encontraban las 91 empresas integradas al área social¹⁶.

La obra se adentra igualmente en la tesis de que Chile era definido como un adalid de la política mundial, en el sentido de la recepción positiva que obtenía en el ámbito internacional. El libro intenta traducir esta frase en el contexto aproximado de treinta años que preceden el inicio del gobierno de la Unidad Popular, en sus planos interno y exterior. No obstante, *La revolución inconclusa* deja la impresión de que Chile no era una democracia sin fisuras y recoge textos indicativos de los ataques de sectores internos hacia el tipo de democracia prevaleciente, donde una parte de la izquierda se perfilaba con un cariz que no era el de la clásica socialdemocracia. Para apreciar esto, la conversación entre Debray y Allende en 1971 aporta elementos a esta paradoja¹⁷.

La diferencia Congreso-Ejecutivo, que se profundiza en torno al tema de las reformas de las tres áreas de la economía en 1973, configura uno de los temas centrales de la ruptura entre el gobierno y la oposición. Una reforma constitucional parcialmente vetada por el Ejecutivo, veto que es rechazado por mayoría en el Congreso. El Ejecutivo sostiene que la reforma aprobada por el Congreso no era obligatoria y que debía aprobarse por dos tercios. El Tribunal Constitucional se abstiene de resolver el punto y se declara incompetente. Quedan entonces sobre la mesa los temas de la consagración de tres áreas de la economía, la inexpropiabilidad de predios de hasta 40 hectáreas y la libertad de comercio. La economía es nuevamente el área donde se refleja la ortodoxia del gobierno, mientras los medios y los partidos discuten sobre la consagración legal del área de propiedad social, la propiedad de la “papelera” y el recurso a resquicios legales, inspirado por el connotado jurista Eduardo Novoa Monreal¹⁸.

¿Qué significaba la Constitución al tercer año del gobierno? El retorno a considerarla como el eje de la discusión, ya fuera por razones

¹⁶ Carlos Prats González, *ibidem*, pp. 342-348.

¹⁷ Régis Debray, *ibidem*, pp. 68-69.

¹⁸ Eduardo Novoa, “Vías legales para avanzar hacia el socialismo”, *Revista de Derecho Económico*. Facultad de Ciencias Jurídicas de la Universidad de Chile, 1971.

formales, o porque implicaba la definición de cómo se relacionaban los poderes, parece una paradoja que se advierte de la lectura de los hechos. El autor se refiere a situaciones donde quedan en evidencia las difíciles relaciones de los organismos de control jurídico (Contraloría, Poder Judicial) con el gobierno, y el difícil camino de justificar cambios dentro del propio sistema¹⁹.

El Partido Comunista es presentado como el actor que contiene la marcha hacia una radicalización del proceso, lo cual habría requerido una contención activa de las fuerzas que dirigían la economía en una dirección menos gradual y de mayor intervención. No a la guerra civil fue el tono de la última campaña comunista y socialistas en la elección parlamentaria de 1973.

Conocidos los datos sobre el estado de la economía en 1973, la pregunta es por qué el gobierno no podía rectificar y generar ordenamientos donde el sistema se había deformado. Por otra parte, el manejo de la economía era de la esencia del camino político, ya que se trataba de aplicar instrumentos de profunda intervención en el control y posesión de los recursos, sin importar el costo en cuanto a la inflación o incremento de la capacidad productiva.

El Golpe llega al final de la obra. Son actores principalmente de las fuerzas armadas. En el trasfondo, las conversaciones entre el Presidente Allende y la Democracia Cristiana, presidida por Patricio Aylwin. Los temas eran extensos: institucionales o jurídicos (quórum para los vetos), económicos (la "Papelera"), políticos y de seguridad (los grupos armados). Si podían sellarse mediante acuerdos que confirmaran al gobierno en su posición como cabeza del Estado y al mismo tiempo implicaran que no había un fortalecimiento de su posición de poder en el sentido del camino hacia el cambio de régimen, era una cuestión central.

Las negociaciones no fueron exitosas. El gobierno mantiene su confianza en el alto mando del Ejército como una garantía de su permanencia. En paralelo, avanza la convergencia entre fuerzas armadas y oposición en el transcurso de 1973. Dos formas de alentar cambios, mientras en el país se paralizaban las actividades económicas, transportistas incluidos. Fernando ubica a los líderes gremiales como el nú-

¹⁹ Julio Faúndez, *Democratización, desarrollo y legalidad. Chile, 1831-1973*. Santiago, Ediciones Universidad Diego Portales, 2011, pp. 257-259.

cleo desde donde comienza a surgir la idea de una renuncia inmediata del gobierno. También se hablaba de un llamado a plebiscito.

Por una parte —advierte la obra— estaba el discurso sobre la necesidad de un viraje justificado por la fuerza de los acontecimientos y por otra, la sensación de agotamiento de un sistema que trasunta de la opinión de líderes sociales, empresariales y gremiales. El llamado a los altos mandos impresiona por la crudeza, que Fernandois presenta dentro de un contexto menos heroico que trágico, tal vez porque conoce experiencias similares y por la dureza de los juicios sobre la gravedad del momento.

En las fuerzas armadas se advertía temor por el peligro de que crecieran células políticas en su seno; el caso de la Armada fue el más bullado y sensible. La posición deliberante de las fuerzas armadas y Carabineros, que unos atribuyen al interés de la oposición, pero que también podía corresponder —sostiene el autor— a un interés concreto, fue mencionada en las palabras del Presidente Allende al responder el pronunciamiento adoptado en la Cámara de Diputados en 1973.

La Cámara había declarado el 22 de agosto que existía un “grave quebrantamiento del orden constitucional y legal de la República”²⁰. La respuesta del Presidente no evocó el llamado a las fuerzas armadas y de orden como una cuestión relativa a una disputa teórica entre dictadura o democracia que esperaba su decisión (a solicitud de fuerzas políticas y sociales), sino una diferencia entre concepciones del Estado de derecho que escondía —dice el Presidente— “una situación que presupone una injusticia económica y social entre chilenos que nuestro pueblo ha rechazado”²¹.

La obra describe este momento con una hipótesis en cuanto a que ambas declaraciones, la de la Cámara de Diputados y la del Presidente Allende, reflejaban una grieta entre dos legalidades que no se sitúan en el mismo orden; no se trataba de la disputa corriente en el presidencialismo entre el liderazgo del Ejecutivo y los poderes del Congreso (que afectaran la primacía del primero). En 1973, según decía el discurso oficial, se daba una disputa de fondo acerca del contenido y sentido del concepto de legalidad y el alcance de las transformaciones a partir de

²⁰ Véase http://www.bicentenariochile.cl/attachments/017_Acuerdo%20C%3%A1mara%20de%20Diputados%2022%20agosto%201973.pdf.

²¹ Véase http://www.salvador-allende.cl/Unidad_Popular/Respuesta%20Acuerdo%20Camara.htm.

aspiraciones y movimientos sociales cuya consecución llevaría a otra etapa jurídica y política. Esa etapa podía denominarse una sociedad socialista en el sentido que se daba en la época al término, no de un simple avance hacia un estado de bienestar.

Finalmente, la obra describe el momento de un posible llamado a plebiscito que habría servido para descomprimir o resolver la lucha de poder y gobierno que vivía el país. Puede parecer ingenuo pensar ahora que en esas circunstancias un plebiscito no vinculante habría traído calma y movilizado acuerdos en una sociedad tan dividida. Constitucionalmente, el plebiscito vinculante sólo podía darse, según la Constitución vigente en 1973 (Art. 109), mediante convocatoria del Presidente de la República cuando un proyecto de reforma constitucional presentado por él fuera rechazado totalmente por el Congreso, en cualquier estado de su tramitación. Igual convocatoria podía efectuarse cuando el Congreso hubiera rechazado total o parcialmente las observaciones que hubiere formulado, sea que el proyecto hubiese sido iniciado por mensaje o por moción.

Por tanto, la fórmula del plebiscito para resolver la crisis política requería una sólida base política, un acuerdo general y una voluntad de acoger sus resultados. Era una apuesta con riesgos, ingeniosa. En los hechos, esta hipótesis que Fernandois examina recurriendo al método contrafactual, puede apreciarse en la situación del momento como un reflejo de la estatura presidencial que buscaba Salvador Allende hacer prevalecer. Ante él aparece el antagonismo total del discurso que pronuncia Carlos Altamirano, el presidente del Partido Socialista, el 9 de septiembre de 1973, en el Estadio Chile.

Altamirano fue contundente, las palabras hablan más que otros relatos:

Ante esta embestida coordinada y apoyada desde afuera, algunos piensan que la respuesta tiene que ser el diálogo.

No puede ser, el Partido Socialista ha dicho que no puede haber diálogo con los terroristas, con los asesinos, con quienes están hambreado al pueblo, con quienes están llevando a la catástrofe y al caos económico a la patria, con los responsables de tanta miseria, de tanta angustia, de tanta inseguridad.

En dos oportunidades anteriores se intentó el diálogo y ha fracasado, a pesar de que el gobierno, contra la voluntad del Partido Socialista, ha concedido en todo lo que el Partido

D.C. ha pedido, pero ahí predomina el sector golpista que lidera el señor Frei.

Existen elementos honestos en el Partido D.C., pero ellos son una minoría que en definitiva se han hecho cómplices de estos dramáticos desmanes contra Chile.

La conjura de la derecha —piensa nuestro partido— sólo puede ser aplastada con la fuerza invencible del pueblo unido a tropas, clases, suboficiales y oficiales leales al gobierno constituido.

Sepan: el Partido Socialista no se dejará aplastar por una minoría oligárquica y sediciosa.

No aceptaremos arbitrariedades vengan de donde vengan, estén o no estén armados quienes las ejercen.

No nos someteremos jamás a la fuerza de un poder ilegítimo. Aquí hay un partido, vanguardia de la clase obrera, con 40 años de tradición de luchas proletarias, resuelto a resistir cualquier intento golpista.

Chile se transformará en un nuevo Vietnam heroico si la sedición pretende enseñorearse de nuestro país.

La fuerza del pueblo, compañeros, hay que utilizarla como se utilizó en el paro de octubre: el paro empresarial, el paro de los capitalistas, fue aplastado por la clase obrera.

A nuestro juicio, compañeros, el golpe reaccionario se ataja golpeando al golpe. No se ataja conciliando con los sediciosos.

El golpe no se combate con diálogos. El golpe se aplasta con la fuerza de los trabajadores, con la fuerza del pueblo, con la organización de la clase obrera, con los comandos comunales, con los cordones industriales, con los consejos campesinos.

Hemos oído aquí gritos de “crear, crear, poder popular”, porque el pueblo así lo ha comprendido. La guerra civil en que se encuentra empeñada la reacción, estimulada, apoyada, financiada y sustentada por el imperialismo norteamericano, se ataja sólo creando un verdadero poder popular.

El compañero Allende no traicionará, compañeros, dará su vida si es necesario en la defensa de este proceso²².

Este discurso es un buen texto para terminar la reseña de la obra. En él se presenta la dualidad de una situación donde el Presidente, mi-

²² Véase <http://constitucionweb.blogspot.com/2010/11/discurso-de-carlos-altamirano-en-el.html>.

litante del Partido Socialista, debía actuar como Jefe del Estado, cuya legitimidad venía también de la propia Constitución, que amparaba un sistema que el partido deseaba y buscaba cambiar.

Si esa dualidad generaba contradicciones, es claro que sí. Los acontecimientos de esos días llevan a Fernandois a suponer que en Allende se fundieron las imágenes del Presidente José Manuel Balmaceda —a quien se atribuían políticas heroicas similares a las que debía asumir la Unidad Popular—, Fidel Castro y otros modelos revolucionarios de carácter radical, con las de un sucesor legítimo de una tradición histórica institucional que, si bien no había estado exenta de dificultades y rupturas, mantenía en alto el valor de la supremacía de la política y la civilidad, como ejes de la vía chilena. □